



La Santa Sede

***PALABRAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A LOS FIELES AL COMIENZO DE LA AUDIENCIA GENERAL
DEL MIÉRCOLES***

Miércoles 10 de octubre de 1979

Queridísimos hermanos y hermanas en el Señor:

Heme aquí de nuevo entre vosotros después de mi viaje pastoral a Irlanda y los Estados Unidos.

Después de este acontecimiento tan gozoso para mí, siento la necesidad de dar las gracias de nuevo a cuantos han tenido parte en el feliz éxito del viaje. Doy las gracias a los que me han acogido con tantas atenciones; en primer lugar al Presidente de Irlanda, Hillery; al Secretario General de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim; al Presidente de los Estados Unidos, Carter; a todas las autoridades religiosas, civiles o militares y, ante todo, a los Episcopados; doy las gracias a los que me han llevado y acompañado con tanta gentileza; doy las gracias a los que me han prestado servicio de orden y vigilancia, a los que han transmitido y comentado las varias noticias de los distintos acontecimientos; doy las gracias sobre todo, con vivo afecto, a las multitudes inmensas que se han apiñado en torno al Vicario de Cristo como en abrazo fraterno y filial en todas las etapas del viaje. Pero quiero daros las gracias también a vosotros que sin duda habréis rezado por mí.

He sentido siempre la cercanía espiritual de millones y millones de personas que con su oración han hecho posible, y sin duda eficaz, este viaje de fe.

Pues en realidad ha sido sólo un viaje de fe realizado únicamente para anunciar el Evangelio, "confirmar a los hermanos", consolar a los afligidos, testimoniar el amor de Dios y mostrar a la humanidad su destino trascendente.

Como San Pablo, no he predicado sino a Cristo, y Cristo crucificado y resucitado para nosotros

(cf. 1 *Cor* 1, 23).

Ha sido un viaje de fe y, por ello, ha sido un viaje de oración centrado siempre en la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía y la invocación a la Virgen Santísima.

Ha sido también una "catequesis itinerante" en la que he tenido intención de subrayar, en todas partes y a todo género de personas, el auténtico e imborrable patrimonio de la doctrina católica.

Ha sido también un viaje de paz, amor y fraternidad, que me ha llevado a la sede de la ONU. Sobre todo allí, como en todos los encuentros con las muchedumbres, en nombre de Cristo y de la Iglesia me he hecho intérprete de los pueblos hambrientos de justicia y de paz, en nombre de los pobres, los que sufren, los oprimidos, los humildes, los niños.

Por todo ello demos gracias juntos al Señor y a María Santísima.

Quiera el cielo que los hombres sean cada vez más buenos, estén más unidos, se entreguen más al bien, al perdón y al amor fraterno.

Y para agradecerlo a la Virgen Santísima con mayor fervor aún e implorar la gracia de la conversión y la paz, con inmensa alegría os anuncio ahora que el domingo 21 de octubre iré en peregrinación al santuario de Pompeya.